

Don Sancho y Roberto.
Es mi holgona monarquía
campana amena y hermosa,
siempre alentada y briosa
contra la melancolía.
No me rindo civilmente
á las fatigas vulgares,
ni conozco esos pesares
que son cocos de la gente.
Jamás pérdidas sentí
del mundo, con alma lerda,
pues por mucho que se pierda,
habrá un rincón para mí.
¿Quién al cielo pone tasa?,
¿quién a la fortuna muerde?,
el mundo nunca se pierde,
sino de unos a otros pasa.
No estimo el verle regir
más de persas que de godos,
yo sabré vivir con todos,
como me dejen vivir.
Pues si lo vemos nosotros
libre de pasión el pecho,
no tenemos más derecho
á él los unos que los otros.
Por Dios que anduvo galán,
o que buen gusto tenía,
el otro que ver quería
el testamento de Adán.
Pues con ingenio profundo
así saber intentó,
á quién la herencia dejó
del mayorazgo del mundo.
Que igualara los sujetos
y él se supiera los modos,
mandándonos algo a todos,
pues todos somos sus nietos.
Un roble debes de ser,
si es que te puedes pasar
libre de todo pesar,
o necísimo poder.
El poder siempre fue necio,
achaque antiguo en el mundo,
y así mi queja no fundo
en tu soberbio desprecio.
¿Quieres ver qué tanto?
Di.
Que aunque necio me has llamado,
estoy quieto y sosegado,
sin que me ofenda de ti.
Y es grande mi fundamento.
Ya prevengo la atención.
Si es que yo tengo razón,
con tenella me contento.

Pero si en ti se previene,
razón que es más singular,
di, ¿por qué me he de quejar
de quien sé que razón tiene?
Yo replico.
No repliques;
cierro el argumento aquí,
porque no me agrada a mí
que te cebes ni te piques.
¿Y esa es razón?
Es mi gusto,
y aun mi antojo.
¿Estás preñado?
No estoy sino muypreciado
de gustar de dar disgusto.
Estás muy señor en eso.
¿Sátira a mí?, buen criado.
En nada serlo he mostrado
tanto.
Yo te lo confieso.
Aquel criado que ayer
despediste sin razón.
Fue mi gusto, esta opinión
en mí doctrina ha de ser.
Su honra no me daba gusto.
Y causándome disgusto
para mí estaba sobrada.
Esto de honra, allá a las bellas
doncellas debe dejarse,
que sólo han de abroquelarse
con su honra de doncellas.
Que me causa mucho enfado
que diga un escuderón,
muy espeso, y muy barbón,
que su honra le han quitado.
De tu aspereza se ofende.
¡Qué tierno debe de ser!
Dice que te quiere ver.
Pues sepamos qué pretende.
Que le pagues de tu mano.
Tal no pienso hacer con él:
siempre fui señor fiel;
nunca he sido yo pagano.
Rinda su pretensión vana,
que, si imito a mis mayores,
antes, mis antecesores,
mataron gente pagana.
Pues yo pienso que él lo acierta.
¿Cómo?
Váse a la justicia,
y a pesar de tu malicia,
por esa encantada puerta
entrarán, a tu despecho,
el alguacil y escribano,

con el Rey en una mano,
y el buen ladrón en el pecho;
y sacándote (esto entiendas)
prendas, con rigor profundo,
darán a entender al mundo
que eres persona de prendas.
De pagarle luego gusto;
por estorbar ese daño,
dar quiero gusto al picaño,
por quitarme a mí disgusto;
pero pagalde en vellón,
que darle con esto quiero
descuartizado el dinero.
El dinero no es ladrón,
aunque él hace a los ladrones.
Sí es, que cualquier mohatrero
hace ladrón al dinero,
dobloones hurtan doblones.
Despedidme al licenciado.
Di si el médico ha de ser.
Sí, que yo no he de tener
un verdugo asalariado.
Roberto. Su barba espesa te enfada.
No atinaste la razón:
es porque los tales son
una peste graduada;
que son como el rey y el papa,
que a nadie su estrago adula,
una parca puesta a muía,
y un veneno con guildrapa ;
que poblando sepulturas
con su presunción aleve,
desierto el mundo, les debe
el vivir a sus anchuras.
¿Fuiste al correo?
No hallé
carta de tu noble tío:
si está malo...
Es desvarío.
Pues ¿por qué?
¿Gentil por qué:
No ha de haber en los criados
¿por qué?, señor majadero.
Pues ¿por qué?
Lindo grosero,
ya eres de los muy cansados.
Esta palabra ¿ por qué ?
se reserva a los señores
que son muy preguntadores.
Por tu experiencia lo sé.
Pues cuando te maravillas,
y a preguntarme te pones,
te canto más responsiones,
que en un año dos capillas.

Mucho me importa la vida
del buen tío; yo le quiero
más que un avaro al dinero.
Roberto. Comparación atrevida,
bien que civil por osada,
que entra en la comunidad
del vulgo.

Dices verdad ;
esa corrección me agrada.
Pero volviéndome al tío,
débole el haberme dado
en vida bello ducado,
y más espero y confío;
pues si Dios se acuerda del.
que para ello tiene edad,
su última voluntad,
liberal conmigo y fiel,
me dejará su heredero,
y amaneceré aquel día
vertiendo más bizarría
en el Oriente dinero.

Roberto. Oriente me satisface,
bien al dinero le viene,
porque quien dinero tiene
sólo con velle renace.
Voy a escribille.

Tendrás
cuenta con el razonado
que vaya culto y peinado;
advierde que no dirás
nuevas que toquen en nada
á ministros superiores,
serán otros relatores
con pluma mejor cortada;
que si en su daño se ofrecen,
piensan que te han satisfecho,
y, si son en su provecho,
que envidias lo que merecen.

La sentenciona es pesada.
Antes bien grave y severa.
Si algún plebeyón la oyera,
susurro hubiera y palmada.
(Váse Don Sancho.)

¿Qué halcón navegando el viento
al juicio de éste se iguala?
que hace de la culpa gala
y afrenta del escarmiento.
Mas si miramos su humor,
peregrino y singular,
no le podemos negar
que es loco de gran primor.
No es tanta la desventura
cuando de este modo viene,
que un loco, cuando entretiene,

da fruto con su locura;
que en mayor estima están
entre ingenios singulares,
locos que quitan pesares,
que no cuerdos que los dan.
Entra un hombre con el traje que platican los correos.
Sea en esta casa Dios.
¿Quién dice que no está en ella?
Yo no hablé por ofendella.
¿Pues podéis ofender vos?
Puedo, más no lo deseo,
que el deseo y el poder
distantes vienen a ser.
Bachiller es el correo.
Latinicé algunos días,
y tantos grados subí
que el estudio conseguí
de entrambas filosofías.
Mas cáseme pobremente,
y huyendo de mi mujer,
correo he querido ser
por no estar nunca presente.
Que huyo della, tan contento
como en las obras se ve,
pues con venir siempre a pie,
me da sus postas el viento.
A los príncipes famosos
os pretendéis parecer,
que de la propia mujer
hablan siempre desdeñosos.
Volveos al común lenguaje,
que ese modo de alegrar
al pueblo, lo ha de gastar
la gente de gran linaje.
¿Qué nuevas traéis?
Murió
de don Sancho el noble tío.
¿De qué?
De algún grande frío,
pues que nada le mandó.
Mas sí, mandó.
No creía
yo que algo no le mandase.
¿Y qué fue?
Que le pagase
dos deudas que le debía.
¿Y a quién la dio? ¿Tuvo luz
en lo que debía hacer?
Sí, mandóla a su mujer,
que es lo mismo que a una cruz.
Crucificó a su dinero,
aunque él ya viene enseñado,
pues nace crucificado
en casa del mohatrero.

Mucho temo que llevéis
las albricias con un roble.
No es dádiva de hombre noble.
Ya noblezas no esperéis.
Sin duda que perderá
don Sancho el juicio este día,
no porque al tío quería:
la herencia le dolerá.
Sale Don Sancho.
Aquí aceché tus razones.
No lo parece, mi dueño,
pues que sale tan risueño.
¿De qué confuso te pones?
No sabes mi condición,
que de nada he de tomar
sobresalto ni pesar,
y más contra la razón.
Mi tío anduvo muy cuerdo,
la su mujer le ha sabido
granjear, pues que le ha sufrido
siendo moza amor tan lerdo.
Cara hermosa, brillo y talle
á su ancianidad rindió,
y fue tal, que no sacó
sus afrentas a la calle.
Yo cómo ocho mil ducados.
Di, señor, que comes dellos,
pues te ayudan a comellos
tus rocines y criados.
Mal la razón te salió,
della hiciste desperdicio,
comiéndose en mi servicio
también me los cómo yo.
Siendo así, quien tiene hacienda,
por hacienda no ha de hacer
pérdidas de su placer,
que es vilísima contienda.
Recibid esta cadena,
amantísimo correo,
en albricias.
Lo que veo,
dudo.
No recibas pena.
¿Ya no te dije mi gusto?
Sí, señor, y a él me acomodo,
que era hacer tu gusto en todo
y en nada tomar disgusto.
Mas aquí, no solamente
te ha disgustado el pesar,
pues te muestras alegrar
con él.
Qué mal que lo siente.
Mira, el más sutil primor
de mi ingenio, es ser brioso,

alentado y caprichoso,
huyendo el común error.
Si otro mortal recibiera
tal nueva, diera a entender
gran pesar, y no he de hacer
lo que otro cualquiera hiciera.
¿Piensas escribir?
Buen brío,
vos sois hombre bien hablado;
mas de vuestro razonado,
que de mi pluma confío.
¿No sois propio?
Sí, señor.
Pues hablaréis propiamente,
No sé yo cuándo.
Es prudente,
si al hablar tiene temor.
Ser propio es mi nombre impropio,
mi estrella y nombre condeno,
si vengo por gusto ajeno,
nunca he sido menos propio.
Lo que hace por hablar
el pedestre caminante,
ya en buen hora farsante,
ya no tenéis que esperar.
¿Habla más? Ya está pesado
con tantas necias malicias;
tome también por albricias
lo que le hemos escuchado.
(Váse el Correo.)
Ya se fue.
Quedó temblando;
el hombre es grande hablador.
Tanto, que a solas, señor,
va por la escalera hablando.
Que rodara, por su afrenta,
me holgara, y por mi consuelo.
Pues antes caerá en el suelo
cien mil veces que en la cuenta.
¿Viste a mi dama?
Si es
la caduca setentona,
me admiro que tal persona
ponga tu gusto a sus pies.
Por mi desdicha la vi:
necio amor, locos desvelos.
¿Necio es un amor sin celos
que no hay tenerlos allí?
Yo amo más que los demás,
que otros quieren veinte años,
yo setenta, y sin engaños
cincuenta años quiero más.
Advierte, por vida mía;
mi asunto es de más alteza,

que otros quieren la belleza,
mas yo la sabiduría.
Un amor que está sin dientes
sigues...
Tanto más dichoso,
no será dificultoso,
y, si como yo, lo sientes.
Lo que dello he colegido,
Ve prosiguiendo, señor.
Es que es tan niño este amor
que aun dientes no le han nacido.
Ándasele por flaqueza
la cabeza.
¿No es mujer?
Pues todas vienen a ser
iguales en la cabeza.
Que, como una misma estrella.
inquieta las hace estar;
son tan amigas de andar
que aun gustan de andar con ella.
Perdido estoy por Lucrecia.
En bosque de tantos años
(que serán padres de engaños,
y mucho más si ella es necia)
el perderte era forzoso.
Otro respondiera aquí
que gané en lo que perdí;
mas ya es término enfadoso.
Un favor suyo estimara.
Si por años te los diera
no hubiera mejor primera.
porque a setenta llegara.
¿Han llamado?
Sí.
¿Quién fue?
El boticario llamó.
A la botica me olió,
ya he sentido un no sé qué,
¡Qué tufo tan temerario!
Echadle luego de ahí,
que basta a purgarme a mí
el olor de un boticario.
La cuenta viene a traer.
Aún ese es tufo mayor, Cochero.
porque es purgarme, señor
de la bolsa, y no ha de ser.
Las recetas ha rotpido
con el enojo y enfado.
Ser liberal ha mostrado,
que le pague ha merecido.
¿Cómo, si rompió la cuenta?
Yo he de pagar por antojo.
no por cuenta; ¡lindo enojo!,
vuestra miseria me afrenta.

¿Cuánto, en conciencia, os debía?
Señor, hasta cien ducados.
Dádselos luego doblados,
y advertir, por vida mía,
que este caprichar gallardo
sólo es para un majadero
que tenga mucho dinero.
Vuestro dinero no aguardo.
Esperad.
No lo he de hacer.
¿Que un capricho tan galante
quepa en hombre semejante?
Príncipe merece ser.
Boticario, ¡vive el cielo!
que me ha muerto tu capricho
¿Pagóle?
Lo dicho, dicho.
¡Quién le hiciera rey del suelo!
¿Qué hombre, que se determina,
á tan noble caprichar,
naciese sujeto a echar
á otro una melecina?
Yo os sacaré del oficio.
Espero en vuestra virtud.
Dios os dé mucha salud.
Él os restituya el juicio.
(Sale el Boticario.)
Audencia pide el cochero.
¿Qué pide? Sancho.
Señor, yo nada.
Este cochero me agrada,
por su término me muero.
Apenas lo estoy creyendo,
mucho me habéis obligado,
que sois el primer criado
que dejó de entrar pidiendo.
Miro estas piezas, en quien,
estoy como en reino extraño.
Por Dios que tiene el picaño
capricho de hombre de bien.
Aquella es gentil pintura.
Cuando esto considero,
que hable en pintura un cochero
llego a la postrer locura.
Cuatro años os serviré
de balde, señor, por ella,
y aun entonces merecella
entiendo que no podré.
Hombre, yo estoy espantado
con lo que aquí estoy oyendo,
que aun eso que estás diciendo
parece que está pintado.
Dalde mañana un vestido
por este gentil humor.

Más parece sangrador
que cochero.
Así lo he sido.
Conózcole ya la vena,
y séle muy bien sangrar.
(Váse el Cochero.)
Dice que te quiere hablar
el sastre.
¡Qué alma tan buena!
¿Trae las tijeras consigo?
No señor, vengo sin ellas.
Pues volved luego a traellas;
que las traigáis luego digo.
Aquí las traigo, señor;
por Dios, que estaba olvidado.
Sois un sastre descuidado,
enfadoso y moledor.
¿Cuándo salís de pecado,
digo, de vuestro ejercicio?
¿Luego es pecado mi oficio?
¡Qué bueno!, ¿lo habéis dudado?
Este jubón traigo aquí,
que me lo dio el jubetero.
Es de raso; no lo quiero.
¿Y de terciopelo?
Sí.
No se usa.
Ese es mi uso,
el no usar lo que usan todos.
Vuestros peregrinos modos,
señor, me tienen confuso.
¿Puede entrar en confusión
un sastre, o poner en ella?
Ved que venís a traella.
Deshaced luego el jubón
y haced del unos calzones.
Señor, no te alcanzarán.
Para el mono servirán:
cánsanme los replicones.
¿Ha de vestir raso de oro
un mono?
¿Será el primero
que se viste, majadero,
en Madrid con más tesoro?
Muchos que en nuestra opinión
hombres son en el lugar
en cocar y en imitar,
monos de los otros son.
Y si yo, por vida mía.
gobierno en Madrid tuviera,
calle de monos hiciera,
llamada monacería.
Cuando algún escuderazo
á un grande señor remeda

y con él se pone en rueda,
¿negaréisme que es monazo?
Mas vuestra honrada persona...
Oír quiero mis abonos.
Sancho. En medio de tantos monos,
es solamente la mona.
Hacedme una sotanilla
con manga suelta, y que al suelo
llegue.
Señor, ya recelo.
¿Queréis que os tire esta silla?
Ese es vaquero, señor.
Tiempo es de toros, y quiero
ser en el traje vaquero
porque me tengan amor.
Las vacas son tus tesoros,
y en ellas están sus llamas,
y así seré el guardadamas
de las damas de los toros.
Adiós, buen sastre, y daos prisa.
(Váse el Sastre.)
Muriendo de risa va.
Dispuesto a morir está
quien se muere con la risa.
El maestro del calzado,
¿ha venido?
Ya está aquí.
¿Es esta la horma?
Sí.
El señor se os ha olvidado,
y en puntos me he de poner
con hombre que en puntos trata:
esta horma es mentecata.
¿Cómo?
Roma viene a ser:
calzadme muy puntiagudo.
El uso nos lo ha vedado.
Hasta en los pies y el calzado
quiero parecer agudo.
Con el corcho levantad
bien cuatro dedos del suelo
los zapatos.
¡Vive el cielo,
que es pesada necedad!
Aunque es de corcho, señor,
¿corcho pide en el verano?
No voy con el tiempo, hermano:
el tiempo siga mi humor.
Las orejas les quitad.
Parecen mal sin orejas.
Ellos darán esas quejas
si es que fuere crueldad.
Aunque sea hacerte servicio,
señor, no lo puedo hacer,

porque eso es darme a entender
que yo no entiendo el oficio.
Un capricho me ha llegado
que lo pienso ejecutar:
á este me han de mantear
por lo que me ha replicado.
Manta dije, manta pido.
Entran cuatro pajes con una manía.
Señor...
No tiene remedio;
no hay sino tenderse en medio,
en lo más blando y mullido.
¿Gustaréis de la madera
que allá en las vigas está?
Señor...
Más fuego me da.
Si este hombre bajo no fuera,
sólo por darme placer
mantear se hubiera dejado.
Ea, que estáis muy pesado.
Ayudadmele a tender.
¡Vive Cristo!
¿Qué blasona?
(Empiézanle a mantear.)
Tendamos este Roldan
de suela y de cordobán.
Yo vendré a ser de corona.
Señor, más baja la mano.
Tengo alta la intención.
No vuela más un halcón.
Sed más obediente, hermano.
Dejalde agora en el suelo;
tomad ese dobloncillo.
Aun así podré sufrillo,
que éste aun me dará más vuelo.
¿Seréis de hoy más obediente?
Seré tu esclavo, señor.
El interés y el temor
son los dueños de esta gente.
(Váse el Zapatero.)
¿A cuántos de Mayo estamos?
A veinte.
Tapicería
colgad luego.
Eso sería
pretender que nos friamos.
Poned dos pares de esteras
en mi aposento.
Señor,
cuando con tanto rigor
vibran rayos las esferas,
¿tal ordenas, tal dispones?
¿También vos me replicáis?
Yo pienso que os razonáis

unos ciertos pescozones.
Echen más ropa en mi cama,
tráiganme el calentador
para esta noche.
Señor,
¿quieres dar risa a la fama?
Ya entiendo, algunos dolores
te deben de lastimar,
y así pretendes tomar
disimulados sudores.
Mucho el término me agrada
de acometer esa cura.
Y a mí tu vana locura
no me entretiene, me enfada.
Vesme aquí, pues no he sudado
ni aun una gota en mi vida.
Tendrás la carne ceñida:
debes de ser muy cerrado.
Sí, no soy nada poroso.
Aquí viene el cocinero.
¿Oís?
Señor...
Cenar quiero,
desde hoy más.
Caso gracioso.
¿Qué, señor?
Olla podrida
con el nabo y el tocino.
No hay nabos.
¡Qué desatino!
Gusto yo de esa comida.
Está ya Junio a la puerta,
¿cómo nabos ha de haber?
Para esto pienso tener
por cuenta mía una huerta,
donde a tiempo los sembramos,
que así a tenerlos vengamos
á este tiempo, mal gozamos;
del mundo poco sabemos
los que tenemos hacienda,
cuando no se gasta así.
Oís, no me entréis aquí
sin nabos; deje una prenda
en fe de que los traerá:
decídselo al dispensero.
Tráigalos él, que yo quiero
gustallos.
Así será.
Entra el Dispensero.
Para mí será imposible.
Aquí el dispensero estaba
tan mudo que nada hablaba;
parece cosa increíble.
Señor, estoy sin dineros.

¿Pues cómo siendo ladrón,
si de vuestras manos son
los míos?
Lindos aceros
tiene en decir un pesar.
No tengo blanca.
Que honrado
no quiso decir cornado,
agüeros sabe excusar.
¿Y el crédito?
Está falido.
¿Pues un despensero honrado
está desacreditado?
Todo anda muy perdido.
¿A mayordomo?...
Señor...
Despachad al despensero.
Después le daré dinero.
¡Gran palabra, gran favor!
Sale un Paje.
Los oficiales están
aquí, ya con el vestido
de tus bodas.
He creído,
que he de salir muy galán.
¿Quiéreste vestir aquí?
En el jardín, a la orilla
de esa clara fuentecilla.
Estarás muy fresco allí,
y te podrá causar daño.
(Vánse Don Sancho y el Paje.)
El no busca otro camino,
sino el que es más peregrino:
sólo apetece lo extraño.
¿Por Dios!, que sirvo
a un señor prodigioso y admirable,
que es un loco inimitable,
y de singular humor.
(Váse y sale Doña Lucrecia, dama setentona, y dos Dueñas.)
Dos años ha que cumplí,
setenta años no más.
En tu edad florida estás.
Tal me lo parece a mí.
Aún estoy para casarme
con don Sancho, mi señor;
téngole notable amor,
sólo él pudiera obligarme.
Mil señores titulados
mis bodas han pretendido,
mas ninguno ha merecido
ser dueño de mis cuidados.
¿Nadie fue tan desdichado.
¿Qué dices?, ¿Que es muy dichoso.
Ya el casamiento es forzoso.

¿Paréceme a mí forzado?
¿Está bueno este abanino?
¿Qué puede estar bueno en ti?
¿Qué dices?
Señora, sí.
¿Y el vestido?
Es peregrino.
El verde color me aumenta
más donaire y hermosura.
Esta, con tanta locura,
nuestros oídos afrenta.
Desvergüenza me parece.
Sin duda es más propio nombre
cuando una mujer a un hombre
con tantos años se ofrece.
¿En qué se pudo fundar?
Donde falta la riqueza,
vejez llena con pobreza.
No se deja averiguar.
La locura es peregrina.
Es peregrina y costosa.
Entra Don Sancho con unos calzones por mangas de jubón, y una
sotanilla con mangas tan largas que parece vaquero, unas calzas
cortísimas, zapato puntiagudo y cuello amarillo.
Lucrecia, más hermosa
que la Romana divina.
Nada me da más deleite,
aunque mi opinión es rara,
que el ver brillar esa cara
con las luces del afeite.
Dueñas, despedidas luego.
¿Quién me ha de servir a mí?
Mis lacayos.
¿Cómo así?
¿Estáis loco, venís ciego?
Tomad la mano, y dejad
tan necia bachillería.
Qué presto me desafía.
¿Esto llamáis necedad?
Destas dueñas he de hacer
mozos para vuestra silla.
La opinión me maravilla.
¿Ya no es tiempo de comer?
¿Quién lo pregunta?
Una dueña.
Creólo de vuestro modo;
dueñas queréis ser en todo.